

January 1977

La Bibliotecología y el Mundo Moderno

Eduardo Santa

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Santa, E. (1977). La Bibliotecología y el Mundo Moderno. Revista de la Universidad de La Salle, (1), 88-96.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La Bibliotecología y el Mundo Moderno

Por Eduardo Santa

Por una cordial y obligante invitación que me ha hecho el doctor Gaston Litton, Director de la Escuela de Bibliotecología he venido a decir ante ustedes unas pocas palabras llenas de emoción y de sinceridad. Y digo que están cargadas de emoción porque se trata de saludar a la primera promoción de Bibliotecarias que salen de esta ilustre Universidad, gracias muy especialmente al entusiasmo, a la inteligencia y a la voluntad de ese gran maestro de las ciencias del libro que se llama Gaston Litton. Me parece que Colombia está en mora de ofrecer a este distinguido apóstol de la investigación y de la cultura un homenaje nacional para testimoniarle en forma pública su reconocimiento imperecedero por su labor en pro de la bibliotecología colombiana, como fundador y primer Director de la Escuela Interamericana de Medellín, primero; y de esta Escuela de la Universidad de La Salle, después.

Al darle la bienvenida a los nuevos bibliotecarios colombianos que hoy salen de estas aulas ilustres, quiero expresarles que el camino que han escogido es de tal magnitud y de tal importancia para el desarrollo cultural de Colombia, que sólo con el correr del tiempo podrán ellos darse cuenta

de la magnitud de su apostolado y de la responsabilidad de su altísima misión.

Se ha dicho muchas veces que sin bibliotecas la cultura de un país no tiene posibilidades de desarrollo y ello es muy cierto porque ellas constituyen lo que hoy llaman los tecnólogos la infraestructura cultural de un pueblo. Ciertamente el libro es el elemento primordial en cualquier planteamiento que se haga sobre el desarrollo cultural, por lo que representa como instrumento de creación, conservación y difusión del pensamiento. Sería necio de mi parte insistir en estos momentos sobre lo que el libro ha representado en el desarrollo histórico de la humanidad.

Hoy quiero, simplemente, referirme al papel de la biblioteca y del bibliotecario dentro del contexto de la cultura contemporánea.

La bibliotecología, lejos de ser una simple técnica, tiende a ser, hoy por hoy, una ciencia. Y nada menos que una ciencia del hombre, vale decir, una ciencia de la sociedad. Su fundamento filosófico, me parece, está justamente en plantear esa cadena de estrechas relaciones humanas, ese sistema de comunicación social que existe entre el libro y el público lector.

Este primer planteamiento puede ser de alguna utilidad, sobre todo cuando pensamos que a la bibliotecología se le ha negado en ocasiones su condición de ciencia, por más que

sus estudios se hagan ahora en importantes y bien calificadas universidades y a nivel académico que permite obtener los títulos de licenciado, de master o de doctorado. Me parece que los críticos de la bibliotecología como ciencia, al cuestionarle esta condición, han obrado con un poco de realidad, cuando al examinar los planes de estudio de esas facultades y, sobre todo, el contenido de los programas y el tiempo que se dedica a ellos, dentro y fuera de clase, han descubierto que el énfasis se ha puesto principalmente en las técnicas del trabajo profesional, es decir, en la clasificación, la catalogación, los procedimientos administrativos de la adquisición de elementos bibliográficos y los sistemas de administración de la biblioteca misma que, siendo en realidad muy importantes, sólo se consolidan con la práctica y hasta tienden a convertirse en rutinas.

Una disciplina intelectual para ser ciencia requiere necesariamente de un cuerpo de doctrina, de una teoría, de un conjunto de principios metódicamente formados y ordenados.

A diferencia de las técnicas que son procedimientos o medios de que se sirve la ciencia o un arte para alcanzar sus objetivos materiales.

Si los críticos han negado a la bibliotecología su condición de ciencia, se debe precisamente a que esta disciplina del conocimiento no ha logrado configurar con la debida profundidad y solidez ese cuerpo de doctri-

na que la oriente. Repasando las principales publicaciones especializadas en bibliotecología, incluyendo las más prestigiosas y cotizadas, podemos observar que la mayoría de los estudios allí publicados por los especialistas se refieren a las técnicas profesionales en las cuales, bueno es reconocerlo, se han hecho grandes avances en beneficio de la eficacia del servicio.

EL PROBLEMA DE LA DOCTRINA

Pero nosotros nos preguntamos con inquietud: ¿El perfeccionamiento de todas esas técnicas es el objeto de esta profesión? Si ello fuera así, si la misión del bibliotecario consistiera en adquirir los libros, en procesarlos y prestarlos, el porvenir de la bibliotecología nos resulta bastante oscuro y precario, por no decir alarmante. Llegará el día en que con el uso de las computadoras, con la automatización, las máquinas podrán realizar todos esos procesos, todas esas técnicas, con mayor celeridad y exactitud que el hombre mismo. Y ese día en verdad no está lejano. Hemos visto ya, por nuestros propios ojos, en las grandes bibliotecas de los EE. UU., cómo el proceso de automatización avanza vertiginosamente desplazando al hombre en esas labores puramente rutinarias.

Si la bibliotecología es simplemente una técnica, el porvenir del bibliotecólogo quedaría reducido al de un programador de computadoras.

El problema de la bibliotecología como ciencia está, pues, en su ausencia de un conjunto de doctrina, de unas bases epistemológicas lo suficientemente sólidas y consistentes. ¿Cómo dotar a esta noble profesión de ese conjunto de principios ordenados, sistematizados, que constituyan una doctrina, y una doctrina susceptible de ir avanzando paulatinamente, de ir enriqueciéndose a través de la investigación, de la crítica y del análisis?

He ahí el primer problema que hay que afrontar con la suficiente honradez intelectual, como para admitir la pobreza doctrinaria, la precaria y escasa investigación, la ambigüedad de objetivos, la poca visión sobre su futuro desarrollo, de esta disciplina. En el mundo actual el bibliotecario ha sido, en realidad, más un técnico que un científico. Pero como los grandes maestros de la bibliotecología se empeñan en llamarle ciencia y en enseñarla a un nivel universitario que cubre los más altos títulos, incluyendo el doctorado, habrá que reflexionar sobre la razón o sinrazón de esta actitud académica. Reflexionando hondamente sobre este primer problema, hemos llegado a la conclusión de que ese enfoque tecnológico que se le ha dado a la bibliotecología y que es el predominante en el mundo actual, se deriva de un grave equívoco: tratar el libro como un simple objeto. Deshumanizar la relación entre éste y el bibliotecario. Por el contrario, hay que descubrir la cadena de relaciones humanas, el sistema de comuni-

cación social dentro del cual el bibliotecario debe cumplir una función altamente especializada y altamente científica. La relación del bibliotecario es con el libro y con la sociedad. Con el libro, pero con el libro-mensaje, con el libro transmisor de pensamientos, con el libro-hombre. Y relación también con la sociedad, concebida no propiamente como un conjunto de individuos anónimos y despersonalizados que van a solicitar libros en préstamo, sino como un conjunto humano con el cual se han establecido nexos, relaciones, con el cual se entable un diálogo para detectar sus inquietudes, sus necesidades, sus gustos, sus motivaciones, y así poderle prestar un verdadero servicio profesional de alta categoría. Esa integración con la comunidad, ese estudiarla desde el punto de vista de sus necesidades de lectura, esa capacidad de ayudarla a orientarse, es justamente la misión del bibliotecario dentro de la cadena de comunicación en la cual está ubicado estratégicamente para hacer posible el tránsito del mensaje intelectual que viene, como una corriente eléctrica, desde el autor, pasando por el editor, el impresor y el librero, para llegar plena de fuerza al lector, que a veces no va a las bibliotecas en busca de un libro determinado, sino de un mundo desconocido en donde encontrar lo que anhela.

LA FUNCION HUMANISTICA DEL BIBLIOTECARIO

Para cumplir esa delicada misión, el bibliotecario debe conocer al hom-

bre y a la sociedad. Es decir, debe tener una sólida formación humanística. Y esto es justamente lo que ha venido descuidándose en la mayor parte de las escuelas de bibliotecología. Parece que la misión de éstas fuera simplemente la de preparar técnicos que, sin duda alguna, podrán ser reemplazados por las máquinas. Si hablamos de la bibliotecología como ciencia, tendremos que ubicarla dentro de las ciencias del hombre, dentro de las ciencias humanísticas. ¿Qué interesa al bibliotecario conocer de ese ser maravilloso al cual presta servicio? Interesa conocer su esencia, su paso por la historia, sus relaciones con el medio ambiente, sus prejuicios, sus motivaciones, y particularmente sus necesidades de lectura, su capacidad receptora, su cultura, todo ello articulado con el mundo integrado de su vida, como valor económico, cultural y político.

Cuando Protágoras afirmó, cinco siglos antes de Cristo, que el hombre era la medida de todas las cosas, estaba colocando en el camino de su desarrollo cultural la piedra básica sobre la cual se edificarían todas las clases de humanismo que han aflorado en la historia. Allí tienen cimientos y base, desde el humanismo helénico hasta el humanismo renacentista, desde el humanismo cristiano, al humanismo racionalista; desde el humanismo existencialista hasta el humanismo marxista. Porque decir que el Hombre es la medida de todas las cosas es ubicarlo como eje del mundo, dotarlo de una

dignidad y de una jerarquía en razón de la cual deben moverse todos los procesos sociales, económicos, culturales y políticos. ¿Pero cuál es la medida del hombre? Aquí es donde empieza a construirse el humanismo. Y aquí es donde nacen las ciencias del hombre, para dar esa respuesta. La sociología, la historia, la psicología, la filosofía, la antropología, etc., nos irán dando su medida, en todos los campos de sus múltiples y diversas actividades. Sucede que el libro es la más alta conquista cultural del hombre. No se trata, como antes dijimos, de una mercancía cualquiera.

El libro es el hombre mismo, es la sociedad misma, su mensaje espiritual, su pensamiento, su vida, su experiencia. Al libro llegó el hombre en un largo peregrinaje de logros, partiendo de la conquista del lenguaje articulado, del pictograma, pasando por la escritura ideológica, por la escritura silábica, hasta llegar a la escritura alfabética, a través de milenios de búsqueda. Fue consagrando sus experiencias, su historia, sus vivencias, sus temores, sus conquistas, en todo cuanto encontró para grabarlas: la piedra, el barro, la madera, los metales, las conchas, el cuero, los huesos, los caparazones, la seda, el papiro, el pergamino y, finalmente, el papel. Tanto le preocupó tener una memoria de sus avances que rebasara su propia individualidad y sirviera a otros, a los de su época como a los de épocas futuras. Y luego no se conformó con dejarlos grabados en un solo sitio. Pro-

curó multiplicarlos, difundirlos, primero a mano, uno a uno, como lo hicieron hermosamente los escribas de la Edad Media, en laboriosa y paciente labor, y luego inventando los bloques de madera para imprimir a presión, con la fuerza de sus puños, hasta llegar a la imprenta de tipos móviles. ¿Cuánto camino andado en esta búsqueda, que no es otra que la búsqueda de un medio de comunicación rápido, fiel, multiforme, sintético y, sobre todo, multidifusor?

Curioso proceso éste de socialización de sus experiencias vitales, de socialización de su pensamiento.

LA BIBLIOTECA, UN ORGANISMO VIVIENTE

Todo ese afán del hombre por comunicar sus experiencias, por tener una memoria social, todo ese cúmulo de conocimientos en arte, en ciencias, en tecnología, todo ese derroche de imaginación, de investigación, de análisis, de crítica, encontró un sitio de convergencia, un refugio, en las bibliotecas. Allí está lo que el hombre ha venido creando y perfeccionando desde el principio de los tiempos. Pero no está simplemente como material arrumado, amontonado al azar, sino cuidadosamente clasificado y catalogado, es decir, ordenado conforme a las modernas técnicas. Sin embargo, una biblioteca constituye de por sí un complejo organismo que debe ser movido, accionado, inteligente y eficazmente, para que pueda cumplir su delicada función en la sociedad. Y justamente esta es la

labor por excelencia del bibliotecario. Aquí es cuando la bibliotecología debe hacer su presencia como disciplina científica, con capacidad de darle vida al gigantesco organismo cuyas células son los libros, los folletos, las publicaciones periódicas, las hojas volantes, las diapositivas, los discos, los microfilmes, las microtarjetas, en fin, todo ese material bibliográfico aparentemente dormido en anaqueles, pero que en realidad debe estar en permanente movimiento de un sitio a otro, llevando con precisión, con funcionalidad y con eficacia para que pueda producir los resultados anhelados. La biblioteca, a manera de una gran fábrica, se mueve, tiene una dinámica especial, a través de múltiples mecanismos, para producir frutos concretos: recreación, información, investigación, docencia, creación de ideas nuevas. Y el bibliotecario debe ser, justamente, ese ser capaz de poner en movimiento el poderoso y complejo organismo, labor que empieza por ordenar todas sus piezas funcionalmente. Y que tiene por fin esencial articularlo dentro de la comunidad, como un órgano más de ésta, funcionando con ella, como el pulmón funciona con el resto del cuerpo en un ser humano.

EL BIBLIOTECARIO, UN MAESTRO DE LIBROS

El bibliotecario debe, pues, conocer la comunidad a la cual sirve, conocer su nivel intelectual, sus costumbres, sus formas de producción económica, sus anhelos, sus motivaciones, su historia, sus prejuicios, en

una palabra, su idiosincrasia. Y debe conocerla por varias razones. Primero, para poder alimentar la biblioteca, es decir, para poder orientar una política de adquisiciones que responda a los intereses, preferencias y capacidades de su comunidad. Los libros no se compran siguiendo el capricho o las preferencias del bibliotecario, sino más bien consultando todos estos elementos que permiten establecer con precisión las necesidades de lectura de los usuarios. Fuera de esta labor de alimentación, el bibliotecario tendrá que ordenar técnicamente todas las piezas del organismo y establecer sistemas de circulación adecuados. Además, y esto quizás sea lo primero en orden de jerarquías profesionales, deberá estar atento a ayudar a los lectores en la selección y en la búsqueda de material bibliográfico, en suministrarle información actualizada sobre todos los temas de su preferencia, enseñarle las principales fuentes de documentación e informarle sobre lo último y lo más importante que haya salido de las prensas, de acuerdo con sus lecturas personales y el estudio de reseñas, comentarios críticos y catálogos comerciales.

Lo anterior nos lleva a pensar que la principal función del bibliotecario es la docente. Por eso se le ha llamado con toda razón un maestro de libros. Y eso es lo que debe ser, cada día con más énfasis, sobre todo si se piensa que sus labores técnicas tendrán que ser reemplazadas pronto por las computadoras o que deben dejarse al personal auxiliar de

las bibliotecas. Aquí cabe establecer la distinción. El bibliotecario debe ser un científico.

El auxiliar debe ser meramente un técnico. No se justifica, en realidad, que una persona de formación universitaria, con sólidos estudios en las ciencias y en las humanidades, se dedique a las labores rutinarias. Sin embargo, para que el bibliotecario pueda cumplir con esa función de maestro de libros y, en consecuencia pueda ser el colaborador de sus lectores, el informador de fuentes, el comentarista sagaz, el consejero eficaz, requiere estar dotado de una gran cultura. Tendrá que especializarse en algunos de los campos de la ciencia, las artes o las humanidades, para prestar ese servicio de referencia, inclusive a los especialistas mismos. Quizá por esto mismo *se hace aconsejable* que los estudios de bibliotecología, a nivel universitario, es decir, a nivel científico, deben ser estudios de post-grado. En cambio las simples técnicas deberían dejarse a nivel de escuelas de nivel intermedio, en donde se otorgaría simplemente el título de técnicos o de auxiliares de bibliotecas.

El bibliotecario así concebido deberá tener conocimientos de otros idiomas diferentes al propio, lo mismo que sólidos conocimientos en la historia, la sociología, la psicología, la geografía y la antropología. Sus esquemas culturales deben ser muy claros y precisos. Y, además, deberá estar siempre actualizado no sólo en lo que sucede en el mundo de los li-

bros, sino en el mundo de la actividad social universal, es decir, en la política, en los deportes, en el mundo diplomático, en las relaciones económicas, etc. Debe, pues, ser, además, un hombre culto, un hombre bien informado.

CONOCIMIENTO A FONDO DE LA SOCIEDAD

Como el bibliotecario trabaja para una sociedad determinada, debe conocerla lo mejor posible. Entonces deberá estar en permanente contacto con ella, ser parte activa de la misma, participar en todos sus procesos, en toda su dinámica. Y no bastándole este tipo de investigación participante, tendrá que apelar a encuestas, reportajes, entrevistas, elaboración de estadísticas e interpretación de las mismas, en fin, conocer todos los medios y técnicas de investigación social que le permitan orientar el funcionamiento de su fábrica cultural para que ésta pueda producir los frutos deseados.

Este es, pues, el principal objetivo de la bibliotecología como ciencia. Preparar a esos ingenieros de la lectura, a esos investigadores de las necesidades comunitarias en materia de consumo de material bibliográfico, a esos profesionales que deben poner a funcionar adecuadamente el organismo de una biblioteca articulándolo a la vez al organismo social. La inminente automatización de las bibliotecas nos está señalando con caracteres de suma urgencia la orientación de la bibliotecología hacia otros campos.

Esa próxima utilización de computadoras seguramente le permitirá al bibliotecario atender otras funciones menos rutinarias y de mayor jerarquía intelectual y responsabilidad sociales. Ha llegado el momento en que la bibliotecología, después de un análisis sobre ella misma, se decida a salir en la búsqueda de ese conjunto de principios que le den plena fisonomía de ciencia. Es necesario que se formen ahora estos "filósofos de la bibliotecología" que logren darle sin vacilación un nuevo rumbo a una profesión un poco enquistada en el perfeccionamiento de las técnicas. A estas horas ya debería existir por lo menos un centenar de bibliotecarios dedicados a la investigación, trabajando ya en lo que deben ser las bibliotecas del año dos mil.

¿COMO SERAN LAS BIBLIOTECAS DEL FUTURO?

Ciertamente, las bibliotecas han venido transformándose rápidamente en los últimos cincuenta años. La introducción de discos, filminas, microtarjetas y otros audiovisuales en su propia estructura; los sistemas de fotoduplicación, la microfilmación, el nuevo concepto sobre la referencia, los avances de la información y la documentación, así como la realización de algunos eventos culturales dentro de la misma, tales como conferencias, seminarios, recitales, programas musicales, etc., han cambiando un poco la fisonomía de aquellas bibliotecas de antaño que más parecían museos silenciosos. La estrecha

vinculación de las bibliotecas a la universidad en sus aspectos de docencia y de investigación, la vinculación de las mismas a las empresas industriales y comerciales, a los organismos del gobierno, etc., lo mismo que los esfuerzos hechos últimamente para que las bibliotecas se articulen más estrechamente a sus comunidades, apelando inclusive a programas sociales que se celebran dentro de las mismas; los cursos para el aprendizaje de la lectura rápida o lectura dinámica; la automatización y el uso de computadoras, de las cuales ya hemos hablado, todo esto ha convertido a la biblioteca en un verdadero organismo viviente, algo muy distinto a las bibliotecas de antaño, refugio esotérico y misterioso de élites intelectuales o, a veces, simples depósitos de libros a donde iban a consumir tardes de ocio unos pocos espíritus marginados de la sociedad y en ocasiones tenidos como excéntricos, a quienes despectivamente se llamó "ratones de biblioteca".

Hoy las bibliotecas son parte de la comunidad. Tan esenciales como el acueducto, como el alumbrado o el puesto de salud. Hoy son un servicio público como cualquier otro. Hoy vemos desfilar por sus salas y pasillos a estudiantes, obreros, profesionales e industriales que hace pocos años consideraron las bibliotecas refugio de esos seres extraños que mataban el ocio con la lectura.

Pensando en todas estas cosas, se llega a la conclusión de que cada día que pasa, la responsabilidad del bi-

bliotecario es más grande y su compromiso con la sociedad mayor. Pero la formación intelectual de vosotros, egresados bibliotecarios de la Universidad La Salle, bajo la experta dirección de Gastón Litton, es un sello

de garantía que permite prever vuestros éxitos.

Bienvenidos, pues, a la vida profesional que desde ahora os abre ampliamente las puertas del triunfo.

DOCTOR EDUARDO SANTA:

Nació en Líbano (Tolima) en 1927. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de Colombia; hizo una especialización en Washington y además estudio Sociología en México y Técnicas de Investigación Bibliográfica en la Universidad de Puerto Rico. Perteneció a varias Academias de Historia y de Letras de Colombia, España, Venezuela, EE. UU. y Bélgica. Ha desempeñado cargos de relieve en el gobierno nacional; ha sido director de la Biblioteca Nacional de Colombia y actualmente desempeña la Rectoría de la Universidad Central de Bogotá. Fue condecorado con la Gran Cruz de "The International Academy of New York", en 1962.

Ha representado a Colombia en varios Congresos Nacionales y Extranjeros. Su obra es variada y múltiple en el campo de la historia, del derecho, de la sociología y de la novela. Prepara tres libros titulados: "Luz y Sombra en la Historia de la Cultura Colombiana", "La Crisis del Humanismo" y la "Biografía del General Santander". Es colaborador permanente de varios periódicos y revistas colombianas y del extranjero. El presente discurso lo pronunció en la Universidad de La Salle, al conferir la Facultad de Ciencias de la Información los primeros títulos de Licenciatura en Bibliotecología y Archivística.